



Columna



Juan Correa Peña

Director(s) del Hospital San José de Casablanca

Inteligencia artificial en salud pública

La inteligencia artificial (IA) ya no es un concepto ajeno o lejano. Ha dejado de pertenecer exclusivamente al mundo del cine o de los laboratorios de Silicon Valley para integrarse, silenciosamente, a nuestras conversaciones, nuestros hogares... y también a nuestros hospitales.

A quienes crecimos viendo películas como "2001: Odisea del Espacio", no deja de sorprendernos la velocidad con la que estas tecnologías han avanzado. Aquella inquietante supercomputadora HAL (Computadora Algorítmica Programada Heurísticamente), que monitoreaba no sólo los sistemas de una nave, sino también los signos vitales de los astronautas, parecía una exageración distópica.

Hoy, sin embargo, no estamos tan lejos de que dispositivos inteligentes puedan anticipar una descompensación, sugerir un diagnóstico o asistir en una cirugía. En salud pública, este avance representa una oportunidad inmensa. Pero también nos exige una enorme responsabilidad.

Los hospitales familiares y comunitarios, como el nuestro, son los primeros en captar las expectativas de la ciudadanía. Muchas veces, los usuarios ven con entusiasmo -y a veces con ansiedad- las promesas de la tecnología. Es comprensible: cuando se vive con dolor, con enfermedades crónicas o con la incertidumbre de una atención pendiente, toda innovación parece una esperanza. Pero es precisamente ahí donde debemos ser prudentes.

La IA no reemplazará al médico de un día para otro. No veremos, al menos por ahora, a robots caminando por los pasillos del hospital curando enfermedades letales. Lo que sí veremos -y ya comenzamos a observar- son sistemas que ayudan a ordenar agendas, que predicen la demanda de camas, que clasifican imágenes médicas con una precisión asombrosa. Pero para que esto funcione necesitamos una base sólida: plataformas de información bien construidas, interoperabilidad entre sistemas, protección de datos sensibles y, sobre todo, una relación de confianza con los usuarios.

La incorporación de la IA debe ir acompañada de un proceso educativo y ético. Debemos preparar a los equipos clínicos, administrativos y comunitarios para comprender estas herramientas, aprovecharlas y, al mismo tiempo, saber cuándo y por qué no usarlas. Porque en salud, no todo lo que se puede hacer, debe hacerse.

Como hospital familiar y comunitario, nuestra vocación es estar cerca de las personas. Eso no cambiará con la tecnología. Por el contrario, la IA debería permitirnos liberar tiempo para lo más importante: escuchar, acompañar, cuidar. La inteligencia artificial en salud no es el futuro. Es el presente. Pero un presente que debe construirse paso a paso, con visión, con criterios públicos y con el corazón donde siempre ha estado: en el bienestar de las personas.